

tos, es decir, por el exámen de los resultados de la libertad de que se trata.

En efecto, la cuestion propuesta puede fijarse así: ¿la libertad humana es capaz de mal? La respuesta afirmativa nos bastará para fijar su categoría. Otras averiguaciones serian inútiles. Desde que se admita que la libertad humana es capaz de mal, se confesará que no entra en el rango ni de las libertades *relativamente perfectas sin condicion de pruebas*, ni de las *relativamente perfectas con esa condicion*, y por consiguiente, debe colocarse en la categoría de las libertades *decaidas*.

El que la libertad humana sea capaz de mal es un hecho desgraciadamente muy positivo para que se pueda poner en duda, y por lo mismo no podemos clasificar esta libertad sino entre las que voluntariamente se colocaron fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, es decir, entre las libertades *decaidas*.¹

Mas la libertad humana ofrece un fenómeno muy singular. El bien y el mal aparecen frecuentemente en sus obras, y su historia presenta dos aspectos enteramente diferentes; el uno horrible como el crimen, y el otro hechicero como la virtud. La caída de la libertad humana no llegó á aquel grado supremo de malicia que no deja sino facultades infernales, segun que nuestra libertad puede volver á los caminos del bien, no encontrándose en estado de desesperacion, sino al contrario, siéndole posible su remedio. Lo que sí es cierto, en su situacion actual, es que no puede caminar con firmeza por sí sola, y que no puede abandonarse por lo mismo á su propia direccion, á menos que no se pretenda decir que es bueno

1 Para evitar equivocaciones sobre el sentido de las palabras que usamos, advertiremos que lo *decaido* no recae sobre la esencia misma del albedrío, que todo entero permanece en el hombre, aunque *muy debilitado*, como dice el Concilio de Trento, * sino que recae sobre los elementos orgánicos del mismo libre albedrío, sobre las facultades que sirven para su ejercicio, sea ilustrándole, sea moviéndole.

* Concilio de Trento, seccion 6ª, cap. I.

dejarla errar segun sus caprichos y perversas inclinaciones. ¿Quién osará sostener este absurdo? Nuestra libertad necesita de auxilio, así como la enfermedad necesita de remedio, como el enfermo debilitado de un apoyo benévolo, como el caballo indómito un freno poderoso y firme. Pero ¿quién preparará ese remedio; quién servirá de apoyo, y qué mano poderosa y diestra manejará ese freno?

Antes de resolver estas cuestiones es necesario sondear el misterio de nuestra libertad, y esto es lo que procuraremos hacer en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Sobre el misterio de la libertad humana.

Si hay algun hecho psycológicamente constante, ese hecho es la division, la lucha incesante que existe en el fondo de lo que llamamos sér humano, que frecuentemente sufre vergonzosos vencimientos. Desea el hombre el bien, y no puede obrarlo; busca lo verdadero, y lo verdadero huye de él; ama la felicidad, y la desgracia es su herencia. "Dios mio, esclama Racine con S. Pablo, ¡qué guerra tan terrible! Encuentro dos séres dentro de mí: no hago el bien que amo, sino el mal que aborrezco."

¿De dónde procede este desacuerdo tan estraño dentro de nosotros mismos? ¿de dónde viene esa guerra intestina en nuestro corazon, esos asaltos continuos á nuestra libertad, que fatigada y herida, se debilita y languidece, y sucumbe al fin bajo el imperio del mal? ¿Cómo hemos venido á esta miserable condicion? ¿Dios tan bueno, santo y justo es quien nos colocó en ella?

Este misterioso problema tuvo en tortura á todos los filósofos antiguos, quienes se dividieron en sistemas, buscando su explicacion. Unos atribuian la imperfeccion de la libertad

á la alianza del espíritu con la materia, otros á la influencia opresiva de una divinidad maléfica : algunos para desatar el nudo gordiano, negaron nuestras imperfecciones, esotros sostuvieron que no éramos libres, y los demas, entre los que se contaron Platon y Ciceron, ayudados de luces sobrenaturales, supusieron una falta cometida en otro estado mas feliz, de cuyo estado por castigo habiamos decaido.

Si consultamos sobre la misma materia á los filósofos modernos, no nos ilustrarán mejor que los antiguos, de quienes aquellos han renovado los diferentes sistemas optimistas ó fatalistas. Lutero niega pura y sencillamente el libre albedrío ; Rousseau afirma que nacemos perfectos ; los falansterianos y sansimonianos santifican todas las pasiones, y los panteistas enseñan que todo sucede por necesidad.

Mas todos los sistemas, tanto antiguos como modernos, sucumben ante los hechos y el sentido comun, y aniquilan la libertad lejos de descubrir su vicio. Los filósofos que han aparecido recientemente, jactándose de mas ciencia, han propuesto la siguiente solucion : " Dios, nos dicen, es el SÉR soberanamente perfecto, y solo ÉL es capaz de perfeccion infinita ; por consiguiente, cuando produce creaturas, las produce necesariamente imperfectas, pues de otro modo se reproduciria á sí mismo, ó lo que es lo mismo, todas las criaturas serian dioses, lo cual es imposible. Esto esplica la mezcla de bien y mal que se encuentra en el mundo." Este es ciertamente el mas ingenioso sistema que háya inventado el racionalismo para arrojar alguna claridad sobre las profundidades misteriosas de nuestra libertad, y este es el solo sistema que merece ser considerado. Sin embargo, examinado el artificio de ese sistema y visto atentamente, desaparece todo su prestigio, y en lugar de satisfacer á la razon, se le presenta como verdaderamente impío, fatalista y desesperante. En verdad que dicho sistema no puede ofrecer la menor apariencia de razon sino á los que olviden que hay dos órdenes de perfeccion, una absoluta y otra relativa. La primera sin duda no

pertenece, ni puede pertenecer á otro que á Dios, porque supone la posesion del sér por esencia : la segunda no exige este grado, sino que basta para su existencia que esté en perfecta relacion con su naturaleza y fin.

El utensilio del obrero y el instrumento del observador son perfectos en su clase cuando dan los resultados á que se aplican. Algunas veces el hombre da esa perfeccion á sus obras, y cuando no se las da, no es por falta de voluntad, sino porque no le es posible. De igual modo ¿ no pudo Dios colocarnos en una esfera donde todas las cosas estuviesen en una justa proporcion, ó donde nada se tuviese que sufrir ? Si pudo ¿ por qué no lo hizo ? Aun cuando se respondiera que hay un fin último, solo conocido de Dios, donde todo se armoniza definitivamente, siempre quedaria en pié la dificultad de que el hombre no pudo nacer de las manos de su Autor tal como al presente le conocemos ; porque el hombre en la actualidad no es solo un sér débil, miserable y lleno de dolores, sino lo que es más, es un sér viciado. Jamas sentirá el hombre en lo íntimo de su conciencia que posee una naturaleza simple y pura, absolutamente indiferente al bien ó al mal, y pudiendo sin esfuerzo escoger lo uno ú lo otro ; sino que al contrario, sentirá siempre hervir en su interior no sé qué fermento corrompido ; sentirá no sé qué perversas tendencias. No bien entra á la vida, cuando ya los instintos depravados le arrastran al mal, y al mal encamina sus primeros pasos ; y aunque esté amparado con la razon, no por eso se soporta á sí mismo sin trabajo para evitar sus caidas y correr á su eterna ruina. " En general, dice Broussais, cuya autoridad es de gran cuantía en la cuestion presente, en general el niño prefiere el mal al bien, y por esto se le ve con frecuencia complacerse rompiendo los objetos inanimados ; deleitarse en el tormento de los animales, y si no le retuviera el temor, agradariale asimismo el sufrimiento de sus semejantes." ¹ Ved por qué un gran número de hombres, lle-

¹ Broussais. De la irritacion y de la locura, pág. 100.

vados por sus malas inclinaciones, despues de romper todo freno, llegan á un grado de perversidad tan temible y monstruosa. Por esto se ve que el hombre no solo carece de la perfeccion relativa que Dios le acordara, sino que dentro de sí mismo tiene el mal y el amor al mal.

Pero aun suponiendo que el hombre fuese solamente imperfecto, no por eso dejaria de ser impío el sistema que estamos combatiendo, en razon de que contraría la santidad y la sabiduría divinas, y por consiguiente, nos conduce á la negacion de Dios. Ó Dios puede, ó no puede dar á los hombres una perfeccion relativa: si puede y no la da, ofende á su sabiduría; y si no puede y sin embargo produce hombres, falta á su santidad, porque el acto de la creacion introduciria en el mundo necesariamente el mal.

Por lo dicho, el sistema en cuestion es fatalista y conduce á la desesperacion; porque si somos necesariamente imperfectos, necesariamente estamos destinados á obrar el mal segun nuestra natural imperfeccion. Por otra parte, si Dios no ha podido hacernos mas perfectos de lo que somos, el deseo del progreso es un deseo vano, segun que siendo infinitamente menos poderosos que Dios, no era posible que mejorásemos una obra que Dios debió llevar á su mayor perfeccion posible.

Todo lo que hemos dicho de este sistema en particular se puede aplicar á los otros que hacen á Dios cómplice de nuestra imperfeccion; y en cuanto á los que la niegan, no se les puede decir otra cosa que lo que Diógenes dijo á Zenon: "Hagamos caminar á un hombre delante de nosotros."

A los dos puntos indicados se refieren todas las invenciones de los filósofos para esplicarnos el misterio de nuestra doble naturaleza: jamas encontraremos una idea cierta, útil y firme, sobre la cual podamos trabajar eficazmente para buscar los medios propios para remediar la insuficiencia, debilidad y miseria de la libertad humana.

Mas volvamos nuestras miradas á otro rumbo, y preguntemos á las generaciones pasadas el secreto de un misterio

que la ciencia no ha podido descubrirnos. Los pueblos recuerdan que no siempre estuvo el cielo cargado de tempestades, ni la tierra cubierta de escabrosidades y espinas, y para espresar la suma dicha de esa época feliz, la llamaron: *Edad de oro*. Mas ¿por qué no duró esa edad? Enseñannoslo las tradiciones antiguas bajo diferentes formas mitológicas. Todas están acordes en que la desobediencia de nuestros primeros padres, el primer hombre y la primera mujer, á un precepto de Dios, fué la causa de nuestra degeneracion. Ora es Prometeo quien arrebató el fuego del cielo contra la voluntad de Júpiter, y Pandora quien abre caja vedada, de donde salen todos los males; ora Meschia y Meschiano, transgrediendo el precepto que Ormuzd les habia impuesto, de no comer ciertos frutos, inficionan á toda su posteridad. Mas en esa primitiva desobediencia nunca aparecen solos el hombre y la mujer, sino que interviene, como consejero pérfido, un genio maléfico, generalmente representado bajo la figura de un dragon ó de una serpiente monstruosa. Entre los griegos se llamaba Até, entre los egipcios Typhon, entre los persas Akrimane, entre los escandinavos Loke, entre los chinos Tehi-Yeou, y entre los mexicanos Ci-Hua.¹

Es, pues, evidente que las tradiciones de la antigüedad han conservado como un depósito sagrado el recuerdo de tres hechos en los que están perfectamente acordes, y son: 1º que el hombre fué criado por Dios en un estado de inocencia y de felicidad: 2º Que decayó con toda su descendencia de ese estado; y 3º Que decayó por sugeriones de un genio perverso. "La creencia, dice Voltaire, del hombre caido y degenerado se encuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea prima sata est aetas*, es la divisa de todas las naciones."²

De lo que acabamos de decir se deducen naturalmente dos

1 Ved el sabio estudio de Mr. Nicolas sobre las tradiciones universales, en su obra intitulada: Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo.

2 Ensayo sobre las costumbres, cap. 4.

consecuencias muy importantes para la apreciacion de la libertad humana : primera, que la humanidad reconoce positivamente que su libertad fué criada perfecta relativamente, y con esto justifica á Dios de la acusacion impía de ser cómplice de nuestra imperfeccion actual ; y segunda, que si nuestra libertad fué pervertida, lo debió á haber oido otra voz que la de Dios, por lo que se manchó con un gérmen impuro.

Mas aclaremos estas consecuencias en el crisol purísimo de las santas tradiciones.

En un rincon oscuro de la tierra aparece un pueblo que ninguna semejanza tiene con los demas, y que aislándose de todas las naciones, gloriábase de haber sido escogido y destinado, despues de un naufragio universal, para guardar las tradiciones y las esperanzas de todo el género humano. Esas tradiciones y esperanzas fueron consignadas en un libro sagrado, el mas antiguo y prodigioso del mundo, cuyo libro guardaba ese pueblo con un respeto asombroso, como la palabra de Dios. Ese libro es el único entre todos los antiguos que nos enseña claramente á conocer la grandeza, la majestad y omnipotencia del Creador, cómo formó el mundo, y cuándo, y de qué modo creó á los hombres : si se consultan las páginas inspiradas, allí se encontrarán, sin las ficciones que el curso de los tiempos ha mezclado, las tres grandes tradiciones humanas. “ Dios, leerémos, creó al hombre á su imágen y semejanza, y vió que su obra era BUENA. Le colocó en el paraiso, y le dijo : Come de todos los frutos de este jardin, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el dia que de él comieres, morirás.—Adam y su mujer estaban desnudos sin ruborizarse.—Mas la serpiente dijo á la mujer : ¿ por qué os prohibió Dios comer de todos los frutos de este jardin ? La mujer respondió : Nos ha dicho Dios que no comamos del árbol colocado en medio de este jardin, porque morirémos.—De ninguna manera moriréis, repuso la serpiente, sino que Dios sabe que el dia que comieseis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos, y *seréis como dioses, conocien-*

do el bien y el mal.—Seducida la mujer toma el fruto, y presentándose á su marido, comen ambos.—Entonces se abrieron sus ojos, y conocieron que estaban desnudos, y trataron de esconderse á la presencia de Dios.—Pero Dios dijo á Adam: maldita se ha hecho la tierra por tu causa ; ya no te producirá sino abrojos : comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de donde saliste.—El Señor arrojó á Adam del jardin de las delicias, colocando á su entrada á un querubin, que agitando continuamente en la mano una espada de fuego, guardaba el árbol de la vida.¹

De esta suerte la humanidad, por esta relacion del escritor sagrado, vese caída y separada de su Creador, permaneciendo sola con su pecado sobre la tierra, entregada á sus propios juicios y remordimientos, como un rey destronado, objeto de irrision y ultraje de sus súbditos.

Este relato de la Biblia confirma hasta la evidencia los hechos tradicionales del género humano y las consecuencias que tenemos deducidas, es decir, que la libertad humana estuvo dotada originalmente de una perfeccion relativa ; que esa perfeccion se perdió por escuchar otros consejos que los de Dios ; y que encontrándose esclava de sus tendencias, tiene que vivir avergonzada. Por lo demas, la relacion bíblica supone constantemente que toda la desgracia del hombre proviene de su separacion de Dios y de que es formado con una simiente impura, naciendo en pecado.²

Esto, sin duda, no lo negamos, es un gran misterio ; pero ¿ cuáles son las razones para negar esta creencia, cuando todo el género humano la testifica, sabe la causa, y por otra parte, es la sola esplicacion que está en armonía con los hechos, la sola esplicacion que satisface los secretos de otro misterio no menos profundo, cual es esa violenta inclinacion del hombre hácia el mal, y la existencia del dolor y la desgracia sobre la tierra ? “ El nudo de nuestra condicion, dice

1 Génesis, cap. 2º y 3º.

2 Job, cap. 14.—Psalm, 50.

Pascal, toma sus vueltas y pliegues en ese abismo ; de suerte que el hombre es mas inconcebible sin este misterio que lo que el misterio mismo puede ser al hombre." ¹ Trátase por otra parte, no tanto de saber si en esto hay misterio, supuesto que el misterio aparece por cualquier punto, sino de inquirir el misterio de la caída del hombre. Por lo que á nosotros toca, creemos que la degradación de la libertad humana se debe considerar como el hecho histórico mas constante, y por consiguiente, mas asegurado ; hecho comprobado, y que bien comprendido, revela los secretos del porvenir ; porque si la humanidad está viciada, es de toda necesidad para curar el vicio reconocer su causa verdadera, y no entretenerse en juegos que no harán sino empeorar su condición. Todos los que de buena fé deseen trabajar en bien de este mundo tan infeliz, deben guiarse segun los datos de ese hecho fundamental ; de otra suerte, se puede predecir que todos los esfuerzos que se hagan, cuando no sean perjudiciales, serán infructuosos.

Conformándonos con este principio, consideraremos en esta obra á la libertad humana segun aparece de las tradiciones universales, esto es, como una libertad en su origen relativamente perfecta mediante ciertas condiciones, pero que con todo conocimiento y poder se colocó fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio. Segun esto definiremos la libertad humana : *Una potencia creada, en posesion de sí misma, dueña de sus acciones ; pero servida por un entendimiento falible y un corazon corrompido.*

En este punto de vista nos colocaremos para seguir en la amplitud del espacio y del tiempo las evoluciones libres de la humanidad ; de ese *criterio* nos serviremos para explicar y apreciar aquellas, sacando lecciones saludables, que nos ayuden á comprender los designios providenciales en la obra de la regeneración del mundo.

¹ *Pensamientos de Pascal.*

CAPITULO III.

El reino de Satanás.

Cuando de la nada crió Dios el mundo, como dueño soberano de toda la creación, despues de haber fijádola las leyes convenientes, pudo exigir á los seres libres una sumision absoluta á su divina voluntad, segun que la sumision no seria conforme á unos preceptos caprichosos y arbitrarios, sino en conformidad á las relaciones necesarias é indispensables á su propia vida, y cuyos preceptos violados, entrañaban forzosamente la perturbación, el desorden y todo género de males. Así fué como Dios crió al hombre y le colocó en el paraíso terrenal. Dispensándole el noble don de la libertad, quiso para ordenar el uso de la libertad con la sabiduría suprema, reservarse la dirección en el vasto campo del bien y del mal. "Come de todos los frutos de este paraíso, dijo el Señor á Adam, pero no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal." Dóciles nuestros primeros padres al precepto de Dios, caminarian con paso firme por las sendas de la santidad y de la justicia, y toda la creación se moveria con armoniosa majestad : siempre apareceria el cielo puro, y los astros del día y de la noche despedirian sus rayos con dulzura : la tierra, cual fecunda madre, sin cultivo, cubriria-se de hermosas flores y se cargaria de opimos frutos : todo seria grato : el hombre, en paz consigo mismo, ejerceria un reinado pacífico, y por todas partes se entonaria un himno de alegría, felicidad y reconocimiento. Tal seria el reino de Dios, el reinado de la libertad inmaculada, dirigida por una inteligencia infalible ; pero este reino fué de corta duración.

Se ha tratado de saber en qué época comenzó el reino de la independencia racional absoluta, ó en otros términos, cuán-